

terreno en medio de la obscuridad de la noche. El general Régules, derrotado, se internó á la sierra, y Méndez se replegó á Tangancícuaro sin levantar el campo, lo cual hicieron al día siguiente los vecinos de ese pueblo y los de Chilchota.

El general Régules se retiró con seiscientos hombres y su artillería íntegra, tomando el rumbo de Paracho y Uruapan y llegando el día 30 á Ario. Desde allí envió á Martiniano León, comandante de artillería, á llevar á Huetamo los cañones, ya faltos de parque y con el objeto de componer los montajes.

En aquellos días, en que el general Riva Palacio se hacía la ilusión de contar con un ejército de más de cuatro mil hombres, la adversa suerte nos hacía perder cerca de trescientos en Tacámbaro, y en La Palma mil cuatrocientos y las armas correspondientes, el parque y demás elementos de guerra, quedando además inutilizada la artillería.

Sin embargo, los pueblos veían que nuestras tropas, lejos de esquivar el combate, tomaban la iniciativa, y que soldados bisoños, sin instrucción ni disciplina, con fusiles que no daban fuego, se batían á campo raso por más de cuatro horas, "poniendo en aprietos, como dice Zamacois, á los soldados veteranos del imperio."

El general Régules estaba profundamente afectado por la derrota de La Palma, pero vino á consolarlo la noticia publicada en aquellos días por el periódico *La Sociedad*, de México, avisando que el Presidente Juárez acababa de expedir despacho de general de división á cada uno de los generales de brigada Ignacio Mejía, Diego Alvarez, José María Carbajal y Nicolás de Régules.

CAPITULO XXXV.

(1866)

Marcha de Méndez.—Combates parciales.—Darío Alzati prisionero.—Es libertado por los vecinos y guerrilleros de Zitácuaro.—Derrota del Rancho.—Realización de un plan.—Conducta censurable de Ronda.—En marcha hacia Uruapan.—El ejército republicano y el ejército de Méndez.—Batalla de la Magdalena.—Ocupación de Pátzcuaro.—Pánico en Morelia.

El día 1º de Febrero se incorporaron en Ario á la fuerza del General Régules, un piquete de caballería que al mando del Teniente Coronel Villalobos había emigrado desde Pachuca, y la pequeña fuerza del Coronel Villada, compuesta del batallón "Fieles de Michoacán," con un efectivo de trescientos hombres, y del escuadrón del infortunado Solano, que había fallecido un mes antes, víctima de tristeza, porque se le imputaba complicidad en la traición que produjo la catástrofe de Santa Ana Amatlán.

Méndez, después de su costoso triunfo de la Palma, se dirigió en persecución de Régules por Paracho, Uruapan y Taretan, llegando á Ario á las tres de la tarde del día 4 sin lograr su objeto. Régules se retiró á Turicato; Salgado á la hacienda del Tejamanil; Villada marchó á Tacámbaro, y unido á la 2ª división en la tarde del mismo día, ambas fuerzas salieron para la Cuesta del Toro y el 5 llegaron á la hacienda de San Vicente (Arroyo de Apo). Ronda, que de Quiroga marchaba á Tacámbaro, en cumplimiento de las órdenes recibidas, sabedor del movimiento de Méndez, fué á situarse á Cruz de Caminos, permaneciendo allí en observación del enemigo.

Méndez se estacionó en Ario sin dar un paso más, rodeado de sus contrarios á una distancia que no excedía de diez leguas para los que estaban más lejanos, y de cinco para los más próximos. Tenía consigo novecientos hombres, y á las órdenes de Santa Cruz había trescientos más, que con este jefe se desprendieron de Taretan y llegaron á Pátzcuaro el mismo día 4, conduciendo ciento ochenta prisioneros, el verdadero número de los que quedaron en poder de los imperialistas en la batalla de la Palma. Méndez, como se ve, había tenido en la Palma una baja de cuatrocientos hombres, siendo el batallón de Guanajuato el que sufrió mayores pérdidas.

Santa Cruz volvió á incorporarse á Méndez después de dejar en Morelia los prisioneros. Sin embargo de esto, aquel jefe no se movió de Ario hasta el día 12 en que, á marchas forzadas, regresó á Morelia sin haber intentado antes batir á ninguna de nuestras fuerzas. Para explicar esta insólita inacción debo decir que en aquellos días se esperaba en Morelia al General Rosas Landa, y se comunicó oficialmente que debería llegar el día 7 para encargarse del mando superior militar de Michoacán. El despecho, pues, hizo que Méndez permaneciera alejado de la capital, aguardando el resultado de sus gestiones, cuyo objeto era que Maximiliano revocara el nombramiento de Rosas Landa. Aclarado el horizonte, pues que Rosas Landa no se presentó en el Estado, Méndez regresó á Morelia para reorganizar sus fuerzas y entrar de nuevo en campaña. Entretanto, no cesaban los combates parciales.

El día 6 el contraguerrillero Pureco, con treinta hombres desprendidos de Ario, trató de sorprender en Taretan al guerrillero republicano Vicente Bravo, quien con sus compañeros Eufasio Silva, Magdaleno y Félix Molina (Los Patos) y diez ó doce jinetes, salieron al encuentro de aquél, y en una lucha corta, pero reñida, lo derrotaron matándole é hiriéndole más de la mitad de sus soldados. Pureco, imitando á sus jefes, dió parte de haber sido él quien derrotó á los *Patos*, y de que en la refriega había salido herido el jefe republicano Manuel Treviño. Este ni siquiera estuvo en la escaramuza.

El 10 se hallaba el contraguerrillero Julián Espinosa en Apatzingán, cuando fué sorprendido por la partida de china-

cos que mandaban Soto y Ramón N. (á) el Chocolate. Éstos se echaron sobre el cuartel, pero Espinosa mandó cerrar el zaguán, ensillar y alistarse para el combate, el cual, sostenido con igual valor por ambas partes en las calles de la población, dió por resultado el triunfo de los imperialistas, quienes lograron hacer un prisionero que fué fusilado inmediatamente. Espinosa, en el parte oficial que rindió al Prefecto de Pátzcuaro, dijo falsamente que Soto había sido el ejecutado.

Es digno de referirse con mayor extensión el episodio siguiente:

Por algunas diferencias suscitadas entre las fuerzas del 1.º Distrito del Estado de México y las de Zitácuaro, que habían agriado los ánimos de sus respectivos jefes, Don Zeferino Gómez Gallardo y el Prefecto Don Darío Alzati, éste, con la infantería y la caballería que, en número de doscientos hombres, formaban la guardia nacional de la heroica ciudad, se trasladó al pueblo de Tuxpan distante cinco leguas. Allí estaba cuando los vecinos lo obsequiaron con un baile la noche del miércoles 13 de Febrero, con motivo de las animadas fiestas del Carnaval que terminaban en ese día. Por su parte la tropa se entregaba también á la alegría en varias casas de la población.

Serían las tres de la mañana cuando se oyeron un fuego vivísimo de mosquetería y gritos de "viva el Imperio." Por las ventanas abiertas de la sala en que se verificaba el baile se vieron aparecer algunos jinetes que disparaban sobre los concurrentes. Quisieron éstos precipitarse por la puerta que daba al interior, pero el patio estaba ya lleno de tropa enemiga. La confusión, los gritos, el llanto de las señoras, los ayes de los moribundos, la vista de algunos militares y paisanos que habían caído muertos en el salón, todo ofrecía un cuadro de inmensa desventura, de pánico invencible. En otros lugares del pueblo se escuchaban también el rumor de la pelea y los gritos de desesperación de las mujeres.

El autor de aquella sorpresa había sido Jesús González, el *Rancho*, el sanguinario *Rancho*, que en su odio contra los liberales había querido convertirse en azote de éstos. Con

más de trescientos hombres se había presentado en aquella mañana en Tuxpan, y ya queda dicho que el éxito fué completo: entre los cadáveres había uno de mujer; los de hombres pasaban de cuarenta, no pocos de ellos vecinos del lugar: los heridos de ambos sexos pasaban de cien, y estaban prisioneros el Prefecto Alzati, el Comandante Pedro Ruiz y cerca de doscientos entre soldados y paisanos.

El *Rancho* estaba orgulloso con tan completa victoria, y creía que no se le había escapado ninguno de los chinacos. Así lo aseguró en el parte oficial que uno de sus hombres se apresuró á llevar al Prefecto de Maravatío, saliendo de Tuxpan á las seis de la mañana. No era verdad que todos hubieran caído en su poder, pues que el Teniente Saavedra, más ligero que el viento, llegaba á Zitácuaro á las siete de la mañana del día 14, comunicando la fatal noticia. Los vecinos de la ciudad se arman y montan en sus caballos, se dirigen al Coronel Gómez Gallardo solicitando auxilio, y este jefe convoca á sus subalternos Acevedo, Granda y Castillo, y poniéndose á la cabeza de todos, salen á galope de la ciudad y se dirigen á Tuxpan.

Al entrar á las calles de aquel pueblo convertido en cementerio, se les unen varios vecinos, y ya en número de doscientos hombres aguijan sus caballos y emprenden la persecución de los traidores. A la una de la tarde divisan al enemigo que está próximo á llegar al pueblo de Irimbo. Los chinacos prorrumpen en gritos amenazadores de venganza, los caballos relinchan y á carrera abierta se precipitan en alcance de la tropa imperialista. Sobre la marcha, Acevedo se desvía del camino y, sin ser visto, avanza hasta colocarse al otro lado de Irimbo para cubrir la retirada al *Rancho*.

Éste en tanto había apresurado el paso: sus prisioneros iban á pie y descalzos, casi desnudos, porque les habían robado su ropa. No alcanzaron los traidores á penetrar al pueblo. Gómez Gallardo y los suyos los atacaban ya á menos de un kilómetro de las primeras casas. Se trabó la pelea; un disparo de los mosquetes y luego los botes de la lanza. En este acto los prisioneros se repegaron á una cerca que había á la izquierda del camino, y tomando piedras de ella las lanzaron

como un descarga de granizos, sobre los imperialistas, para quienes este ataque de flanco era inesperado. Los traidores se pronunciaron en derrota, huyendo á todo escape y dejando el campo cubierto de cadáveres. En la orilla opuesta de Irimbo, camino de Maravatío, los esperaba Acevedo, y entonces, viéndose batidos á dos fuegos, la dispersión fué completa. Al *Rancho* se le cayeron su sable, su pistola y su sombrero; tan ligero así iba su caballo.

Al terminar esta gloriosa función de armas en que Don Zeferino Gómez Gallardo, sobreponiéndose á los resentimientos que guardaba contra Alzati, corre á salvar á su enemigo, los soldados de ambos los ven luego echarse los brazos y jurarse eterna amistad.

En Irimbo solemnizaron los chinacos su espléndida victoria, en tanto que el *Rancho*, con el caballo asoleado y seguido sólo de veinte de sus soldados, entró en la noche en Maravatío, oyendo el alegre repique de las campanas, y hallando á la ciudad iluminada. Sucedió que con músicas y cohetes se celebraba en aquel momento el triunfo que el *Rancho* había obtenido aquella mañana en Tuxpan, y se esperaba verlo llegar conduciendo á sus prisioneros.

El Coronel Ronda, un día antes de que Méndez marchara de Ario para Morelia, abandonó su posición de Cruz de Caminos, en donde se había situado en observación del enemigo, y se dirigió rumbo á Uruapan, sin que hasta hoy pueda nadie explicarse este movimiento, puesto que Ronda tenía orden de incorporarse al grueso del ejército. El día 13 entraba en Taretan por el camino de la hacienda de Santa Teresa, á la vez que por otro lado penetraba el contraguerrillero Jesús Alatorre. Hubo un ligero tiroteo en las calles; pero los imperialistas cedieron ante el número y fueron derrotados. Una de las partidas de Ronda que persiguió hasta Tomendan un grupo en que iba Alatorre, hizo prisionero al receptor de rentas que en aquella villa tenía el Imperio, D. Mariano Tavera, quien conducido á Taretan, fué fusilado en la plaza. Ronda prosiguió su camino por Uruapan, la sierra de Nahuatzen, y volvió á sus terrenos de Coeneo. Fijo este itinerario, median-

te cuyo trayecto se alejó aquel jefe más y más del ejército, haciendo perder la pista de amigos y enemigos, porque esta circunstancia influyó en los sucesos que van á referirse en seguida.

Tomaremos la relación desde unos cuatro meses antes.

Cuando el ejército del Centro, después de la famosa gran parada, permanecía aún en Uruapan, Riva Palacio había recorrido la ciudad y sus alrededores, fijándose en que su situación ofrece grandes ventajas para librar con éxito un combate. Por esto, cuando Méndez avanzaba sobre Uruapan en aquellos días, en la junta de honor que se celebró entre los Generales Arteaga, Salazar y el mismo Riva Palacio, éste insistía en que se esperara allí á la columna imperialista y se le presentase batalla. Desde entonces fué su pensamiento dominante realizar por su cuenta este proyecto que desgraciadamente no fué aceptado por Arteaga. Después, durante sus activos trabajos en la reorganización del ejército, no cesaba de madurar su plan. Su aspiración era destruir en un solo día el prestigio militar de Méndez.

El golpe dado en la Palma al General Régules vino á disminuir las probabilidades del éxito, y me expreso así, á disminuir, porque Riva Palacio tenía ya formada su resolución invariable, y juzgaba además que si nuestro ejército había perdido en aquella jornada mil cuatrocientos hombres, la pérdida de Méndez no bajaba de cerca de quinientos, que él no podía reparar siquiera en parte, tan fácilmente como nosotros.

El general no conducía al combate á todas las fuerzas que tenía disponibles, porque quiso dejar, como era conveniente, una reserva respetable para un evento desgraciado. No se ocupó un solo hombre de los que cubrían la línea de Zitácuaro; en Huetamo quedaban aún más de seiscientos apercebidos á la defensa de aquel departamento; en San Antonio de las Huertas tenía su cuartel la Legión Extranjera, que no se quiso movilizar, porque contaba con un gran número de enfermos; en Tacámbaro quedó Velasco con una pequeña guarnición de infantería y caballería, y en Ario el Teniente Coronel Salgado con su escuadrón cubría aquel punto, que era el avan-



1863



1867

RAFAEL GARNICA.

EUGENIO RONDA.

MIGUEL EGUILUZ.

LEONARDO VALDÉS.

ANTONIO HUERTA.

zado para proteger una retirada. No teníamos artillería, porque, como he dicho, estaban desmontados y se habían remitido á Huetamo para su compostura, los cañones que en totalidad perdieron sus montajes en la retirada de la Palma.

En cambio, á aumentar el efectivo de nuestras tropas había llegado la sección Garnica con trescientos hombres, y debía incorporárenos el coronel Ronda con igual número, según las órdenes que al efecto se le habían librado.

En la expedición se principiaría amagando la plaza de Pátzcuaro, á fin de hacer salir de Morelia á Méndez, y ponerlo en nuestra persecución. En aquellos momentos era tanto más acertado este proyecto, cuanto que Pátzcuaro se hallaba con escasa guarnición.

Méndez, por su parte, deseando evitar la reunión en Tacámbaro de todas las fuerzas republicanas, hizo rápidamente sus preparativos para salir de Morelia, y en efecto abandonó la capital en la tarde del día 14.

El ejército republicano salió de Tacámbaro el día 16 rumbo al Norte, en busca del enemigo, bien fuese que se encontrara á Méndez en el camino, ó bien que para atraer su atención se pudiera amagar la plaza de Pátzcuaro.

A pocas leguas de distancia de Tacámbaro, algunos exploradores llegaron á dar parte de que el enemigo estaba cerca de nosotros, y de que se habían ya tiroteado con sus avanzadas.

El ejército formó su línea de batalla y esperó á Méndez, quien por su parte estableció su campamento á media legua distante. El bosque nos ocultaba á unos y otros, y sólo de cuando en cuando se oían algunos disparos de los fuegos que se cambiaban los exploradores de ambos lados.

A media noche se avisó al General que el enemigo había levantado el campo y que forzaba su marcha con dirección á Morelia. Riva Palacio juzgó que no debía cambiar su plan, en que todo estaba ya previsto, y en consecuencia, el 17 seguimos el camino, rumbo á Pátzcuaro, llegando á pernoctar en Santa Clara.

Allí, mientras que la tropa tomaba su rancho y después se entregaba al reposo, el General se ocupó del despacho de su

correspondencia. Me acuerdo que lo primero que se hizo fué poner por duplicado una nueva orden á Ronda para que se incorporase en Uruapan precisamente el día 19, aunque hiciese jóradas de veinte leguas. Dos distintos correos llevaron las comunicaciones, en el concepto de que, ya estuviese aquel jefe en Quiroga, Coeneo ó Zacapu, podría recibirlas oportunamente. Luego se leyeron los papelitos enviados por los espías. Méndez retrocedía á gran prisa rumbo á Morelia, llevando su fuerza con un total de mil quinientos hombres: como á las doce de la noche llegó un nuevo correo de Morelia, avisando que habían salido de allí el mismo día 17 á las cinco de la mañana más de ochocientos hombres á reforzar la columna de aquel jefe, y á las cinco de la mañana avisaron de Santiago Undameo que estas dos fuerzas estaban ya unidas y que al día siguiente se dirigirían á Pátzcuaro, llevando consigo cuatro piezas de artillería que acababan de llegar de Morelia. En consecuencia, no fué ya necesario que nos acercáramos á Pátzcuaro. El ejército emprendió su marcha al amanecer del día 18, y en la tarde entrábamos á la villa de Taretan.

El General se alojó en la inmediata hacienda del mismo nombre, y sin pérdida de tiempo se repitieron á Ronda las órdenes de que se moviese en el acto para Uruapan, desde cualquier punto en que se hallase. Esta vez no se ocuparon correos de á pie para que las llevaran, sino que se encargó de esa misión á dos de los exploradores de mayor confianza.

El 19 salimos para Uruapan, y la columna, sin entrar en la ciudad, fué á acampar sobre la meseta del *cerrito de la Magdalena*, á una legua al Sureste. Aquel punto es una grande colina que se destaca en la llanura; al Oriente de ella pasa un arroyuelo al pie de las casas del pequeño rancho de Cario, y por el Poniente, á unos trescientos metros, corre el caudaloso río Cupatitzio que por allí no tiene más que un vado, peligroso y de muy pocos conocido. No hay que olvidar estos detalles, lo mismo que los de que hacia el Sur queda el camino de Zumpimito que conduce á la tierra caliente, en el distrito de Ario, y al Noroeste el amplio y firme camino que va á Uruapan. El cerro lleva el nombre indicado, porque

está en terrenos del barrio de la Magdalena de aquella ciudad. Es de una altura bastante para dominar en grande extensión el campo que lo rodea y para abarcar un panorama que se dilata sobre las abiertas cordilleras que extienden en torno, allá á lo lejos, sus ramales.

Gracias á esta ventajosa y bella situación sucedió aquel día que, entre once y doce de la mañana, comenzaron nuestros soldados á divisar una larga polvareda que serpeaba por la cuesta de Tingambato: entre aquella nube de polvo fulguraba intermitentemente el brillo de las bayonetas y se veía avanzar lenta, pero sin detenerse, una larga columna que parecía inmensa serpiente con escamas de acero. En el campamento se oyeron gritos: "¡El enemigo! ¡el enemigo! ¡viva la República!" Las músicas tocaron el himno nacional. En efecto, era la numerosa tropa del General Don Ramón Méndez.

Luego desapareció la polvareda, cuando hubo acabado de bajar la cuesta de Tingambato, perdiéndose en las sinuosidades del camino de Taretan, á cuya población se dirigía Méndez, acaso para tomar mejores informes ó pensando encontrar allí á los republicanos.

En el *cerrito* de la Magdalena todo era animación y alegría; multitud de vecinos de Uruapan iban á visitar á los amigos que tenían entre los chinacos, en los puntos donde estaban situados; recorrían aquel lugar más de cien vendedores ambulantes, con nieve, cigarros, dulces, fruta y licores; hombres, mujeres y niños de la población, llevados por la curiosidad de ver un campamento la víspera de la batalla, invadieron la colina y todo lo examinaban, y hablaban con nuestros soldados, y con éstos prorrumpían en vivas á la patria.

He dicho que Villada era el Comandante militar de la línea de Uruapan. Después de la derrota de la Palma tuvo que abandonar el departamento á la aproximación de Méndez, é incorporándose al ejército había llegado con él á la Magdalena, pero en el acto pasó á la ciudad á efecto de proveer de víveres, de forrajes y de cuanto fuese útil á cubrir las necesidades de la tropa y de la caballada.

Allí permaneció hasta la mañana del día siguiente, á la hora en que su presencia era ya necesaria en las filas, no sin